

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

LA CAJA DE PANDORA

—¡Aja já! Ya queda esta caja bien cerrada.
—¿Que caja es esa, amigo Sancho?
—En esta caja, mi señor de mi alma, guardo todos los males ó las causas de todos los que nos afligen, y pienso enviarla como regalo á Nueva York ó al Japón, donde nos fuere más necesario. No haga visajes, enarque las cejas, abra los ojos y la boca de asombro, que en un decir Jesús le explicaré á vuesa merced el misterio.
—¿Dinamita pusiste? Esas son malas artes, Sancho.
—Dinamita, no, señor... eso es nada comparado con lo que en la caja vá; puse en ella lo peor que puede dársele á un enemigo... Y gordo va á ser el daño que ha de producir á los astutos y malignos enemigos nuestros; ha de destruirlos, reduciéndolos á viruta y polvo. ¿Sábe vuesa merced lo que va en la caja?
—No adivino... Pensaría que habías llenado con tus sandeces la caja, si en ella cupiesen todas, y si no viese que las estás soltando sin freno.
—Vaya por Dios, y él me dé paciencia. Holgado es llamar sandío á un cristiano que todo ha de sufrirlo con resignación, y á un criado que todo ha de aguantarlo con humildad... Apláquese vuesa merced y atienda. He metido en esta caja la retórica. Vea vuesa merced si dije mal cuando dije que era peor que la dinamita. Porque, que es lo que nos tiene perdidos sino esa palabrería de: «¡la honra nacional! ¡el valor invencible! ¡los héroes! ¡los mártires!» Y sino, mire á esos babiecas de carlistas, que entontecidos con las pésimas é infladas retóricas del parlanchín Vázquez Mella y de *El Correo Español*, se han lanzado al monte, en tanto que hacen papelón político los abogados que con la política anuncian su bufete, y los condes y marqueses que toman la política como un *esport*, los jefes del partido carlista. Y qué nos dan hoy sino retórica en todo, para hacernos estúpidos instrumentos de la ambición de los hábiles. Pues yo he pensado que en soltando nuestra retórica de modo que nuestros enemigos piquen el cebo y se envenenen... se volverán tontos y emprenderán aventuras desalmadas sin juicio, sin concierto, sin cálculo, ni provecho... Y nosotros, entre tanto, podremos bañarnos en agua de rosas.
—¿Y quién te enseñó tales malicias?
—Quién sino los propios carlistas y el Gobierno... El Sr. Barrio y Mier se lava las manos como Pilatos... pero al mismo tiempo vea vuesa merced cómo los periódicos de su partido y el Sr. Cerralbo... atizan con retóricas el fanatismo de las masas... Véalo vuesa merced. Así empezaron la vez pasada: aparecieron las primeras partidas, y los directores del partido carlista dijeron lo que hoy dicen; y es que hoy, como entonces, están á verlas venir y á lo que pueda resultar de la algarada, y si sale con barbas, San Antón, y sino, pues meterán miedo y sacarán lo que quieran de los babiecas liberales. Sino fuera por la retórica... ¿qué lograrían ellos? ¿Habría imbéciles que se lanzasen á caballerías andantes? ¿Se hubiera lanzado vuesa merced, sino hubiera leído aquellos malditos libros que yo me sé?
—Sancho; ¿ese es cuento que venga ahora á pelo?
—¡Y á pelo y tan á pelo como viene, y no se me

enoje. ¿No es una estupidez pelear por un partido que carece de programa, que no ha dicho más que palabras gordas, discursos muy adjetivados con mucho de Recaredo y de Pelayo, y de altivez castellana, y de esto y de lo otro y de lo de más allá, sin concretar cosa alguna, ni referirse á las realidades de la vida? ¿No son babiecos los que abandonan trabajo, familia y sosiego... porque Carlos Chapa... el del toisón y el de la última carta de familia, sea rey de España? ¡La retórica... vea vuesa merced la más mala de las artes de encantamiento... retórica y solo retórica tenemos en nuestros asuntos con los yankees... retórica en nuestros negocios coloniales... maldita retórica, peste del mundo! Que se envenenen con ella nuestros enemigos, y así nosotros aprenderemos mucho de comercio, sobrado de industria, suficiente de prudencia, de perseverancia, de discreta previsión para no meternos en empresas disparatadas, y sabremos, señor y amo mío, noble y valeroso caballero, víctima la más dañada por la maldita retórica, sabremos que el fin principal de la vida es vivir.
—Vaya una perogrullada, Sancho... Pero esto no es sino complemento de lo que la semana pasada me dijiste...
—Pruebe al canto... ahí tiene vuesa merced los carlistas haciendo pinitos...
—Pero esas serán partidas de bandidos.
—Peor que peor...

POLÍTICA REPUBLICANA

Estamos asistiendo, casi sin darnos cuenta de ello, á un espectáculo verdaderamente hermoso. El puebleto «aletargado»—acudíamos al viejo tópico, ninguno tan gráfico como él,—«despierta» de nuevo á la vida. ¡Y nada tan admirable como el «despertar» de un pueblo! Al fin, al cabo de veintitantos años, las llamadas masas republicanas dejan oír su voz.
Ya era hora de que hablaran, de que expusieran su pensamiento y nos hicieran conocer su voluntad.
Los republicanos, después de tantos años de inútiles discusiones, hemos llegado al fin á un acuerdo.
Convencidos de que la *unión* no bastaba para conseguir el triunfo inmediato de nuestros ideales, hemos decidido *fusionarnos*, poniendo en olvido todo aquello que nos separaba, incluso los programas políticos de cada partido.
Desde ahora en adelante, y si hemos de acatar los mandatos soberanos del pueblo, ya no habrá ni progresistas, ni federales, ni centralistas, ni nacionales, sino solamente republicanos revolucionarios.
Los cuatro partidos alegrarán sus banderas hasta el día del triunfo, y formarán una agrupación sola: la fusión revolucionaria.
* * *
No queremos creer que nadie, por alto que sea, se niegue á acatar los mandatos del pueblo, expuestos solemnemente en las reuniones que vienen celebrándose desde el 11 de Febrero hasta la fecha.
Hora es ya, ¡vive Dios! que entremos en razón, y vayamos á una concentración tan amplia, que quepan en ella todos los que sean sinceramente republicanos.

DON QUIJOTE dedicará desde ahora todos sus esfuerzos á trabajar por la fusión revolucionaria.
Sí, tiempo es ya de que hagamos algo práctico para conseguir el triunfo de nuestros ideales.

QUISICOSAS

—¿Ayuna usted?
—No, señor.
—¿Pero en Cuaremas, don Bruno, cómo no ayuna?
—No ayuno... porque soy conservador.
De tal modo me he compuesto, que todavía no sé lo que es ayunar, pues que yo como del presupuesto y sólo pienso en tragar.
—Pues ¿sabe lo que le digo? Que tal vez en Pascua, amigo, le toque á usted ayunar.
—Las personas prevenidas nunca están sin comer, no, y por eso mismo yo dos velas tengo encendidas.
—¿Para alumbrar al demonio ó á quién? Saberlo deseo.
—Una alumbró á San Mateo y otra alumbró á San Antonio.
Por esa razón mis muelas ve usted que trabajan tanto.
—Hasta que venga otro santo y le deje á usted á dos velas.
—¿Conque á dos velas? No tal; yo sé lo que me conviene, porque si otro santo viene le enciendo un cirio Pascual.
VICENTE RUBIO.

UNA SUERTE BESTIAL (1)

Un diputado cunero, de esos muchos que hoy se «gastan» en cierta ocasión decía:
—Un distrito no me falta, porque todos los gobiernos me protegen y me amparan. Y como hoy salgo por uno, salgo por otro mañana, y al otro salgo por otro, tengo siempre la ventaja de no adquirir compromisos ni sufrir las arrogancias de caciques y electores que á su diputado mandan como quien manda á un criado, al que, por cierto, no pagan. Yo una vez salí por Mula, otra vez salí por Cabra, otra vez salí por Toro, otra vez salí por Jaca, otra vez salí por Chiva... Y uno al oírlo dijo:—¡Basta! Usted sale diputado, y yo no extraño que salga, pues mientras haya animales no le ha de faltar el acta.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

(1) Del libro *¿Quieres que te cuente un cuento?*, puesto hace poco á la venta.

DON QUIJOTE



—Pues señor, no he logrado pescar un solo pez a pesar de lo exquisito del cebo.



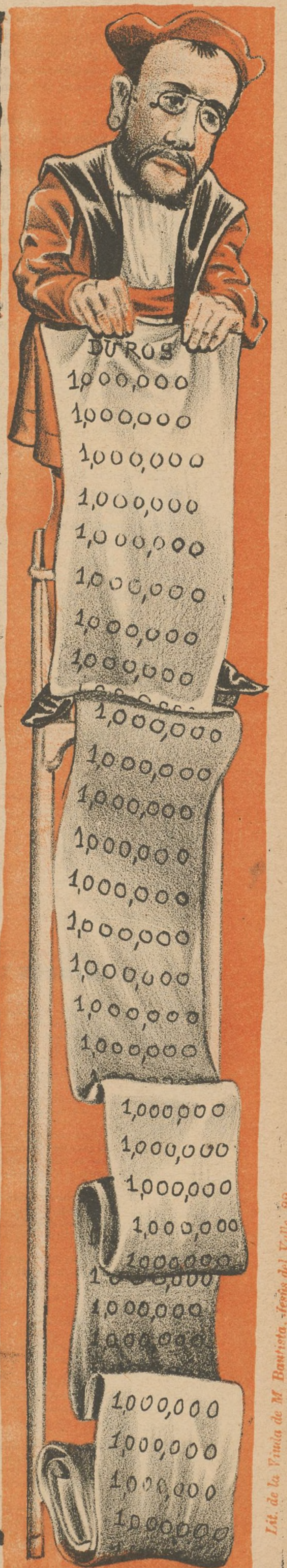
Santo del día.—Mac-Kinley, presidente de los Estados Unidos.



¡¡Naufragio!!



Las partidas carlistas.
(Instantánea que no es precisamente de Comba.)



Las cuentas del gran Castellano.

HACIA ATRÁS

La agitación carlista que por todas partes se deja sentir, al modo que la electricidad latente antes de que la tempestad estalle, es un crimen y una vergüenza.

Un crimen para los gobernantes, que por ineptitud y apatía la han permitido generarse durante años y años; una vergüenza, una gran vergüenza, para la época presente.

¡Cómo! Ya en plena postrimería de un siglo que al desaparecer habrá dejado marcado en los horizontes de la humanidad una estela más brillante que la de ningún otro; después de las fechas augustas de 1812, 1821, 1845, 1854, 1869, 1873, que son otras tantas jornadas épicas hacia la libertad, realizadas entre arreboles de auroras y de sangre; cuando teníamos el oído y la memoria fatigados materialmente de oír llamar al siglo que va a concluir siglo de las luces, siglo de las gallardas emancipaciones; ¡cómo! estando cerca ya del zenit que engendra todas las claridades, ¡volverse atrás! ¡Tornar a hundirse en las tinieblas! ¡Pero eso no sería posible; decimos que no sería posible tamaña trasgresión, semejante vergüenza, por grandes que sean nuestros pecados y nuestras culpas! Poner como remate a una vida de azares un infierno eterno, es idea más trágica que todas las imaginaciones de los poetas. Prometeo y Luzbel son símbolos mezquinos al lado de éste con que nos amenazan los hados de la adversidad.

En Valencia al principio, en Aragón después, ahora en el Maestrazgo, dentro de poco, sin duda, por todos los infinitos antros de obscuridad de la Península, el villano complot armado cunde, y cunde de modo tal, que sin presunciones de adivinación, bien puede afirmarse desde ahora que á las dos lanzadas en el costado que significan las guerras de Cuba y Filipinas habrás que añadir en nuestro cuadro clínico la alevé puñalada en la espalda que Carlos el de la Samogy acaba de inferirnos.

Poco importa que ese hombre funesto proteste al igual que sus seides los más conspicuos, de la procedencia del golpe á traición. El arma es suya, el brazo que la esgrime, suyo también ó de los suyos, la malvada inspiración viene de Venecia; y como de un trabucazo de bandido no cabe decir que sea una estocada de caballero, de ese asalto con nocturnidad, premeditación y alevosía no podrá decirse nunca que sea propio de un príncipe español, cristiano y bien nacido.

La índole de esta tribuna del DON QUIJOTE no permite pronunciar oraciones extensas. Y extensísima habría de ser ésta, y severa, é implacable, como la de un acusador fiscal enfrente de un asesino, como la que formula entre relampagueos de ideas y tableteos de truenos allá en el fondo de los pechos toda conciencia honrada careada con el Horror. Primero, depurar responsabilidades, después... ¡después para llorar sobre nuestra miseria!

CANTARES CARLISTAS

Soy *mu* desgraciada
mare de mi arma,
aquel novio á quien tanto quería,
se fué con los *carcas*.

Un cura y vate carlista
está haciendo una comedia
intitulada «Don Carlos
ó el imbécil de Venecia».

¡Qué hombres serán los que forman
las *partidas* del carlismo,
que los llaman bandoleros
Barrio y Mier, Mella y Vadillo!

Primer cispazo en «La Puebla»,
segundo intento en Teruel,
el tercero será en Coria
y el cuarto será en Belén.

Que de España va á ser rey
Don Carlos, algunos piensan,
aún es pronto, caballeros,
si es que nos queda vergüenza.

Si triunfasen los carlistas,
iba á ver aquí tal cambio,
que hasta el mismísimo Mella
iba á resultar Mellado.

¿Qué hay dos guerras? Pues mejor,
ahora es la ocasión precisa,
no debemos olvidar
jamás que somos carlistas.

Todo el que quiera ir al cielo
—según un *berrendo en carca*,—
debe armarse de un trabuco
y guerrear contra España.

Para las filas carlistas,
cada *santo* seminario
prepara á todo vapor
un regimiento de asnos.

~~~~~

## LANZADAS

Por fin el ministro de Ultramar ha publicado las cuentas de Cuba.

Y—dicho sea con imparcialidad—ni el diablo las entiende.

Pero en fin, del mal el menos.

Con su publicación, nos ha probado el Sr. Castellano que, á pesar de su poca estatura, en cuestión de cuentas deja *pequeñito* «al Gran Capitán».

Lo cual ya es algo.

Las grandes potencias han tomado el *humanitario* acuerdo de bloquear las costas de Grecia.

¡Pero qué valientes y poderosas son las naciones de primer orden!

Necesitan juntarse todas para atreverse con los griegos.

Según Sanguily, hay en las cárceles de Cuba nada menos que 620 súbditos norteamericanos.

¿De verdad, ilustre laborante?

Pues entonces, todos los *nánigos* y *plateados* de la isla son ciudadanos de los Estados Unidos.

Los carlistas se echaron *al fin* al campo.

Y, como era de esperar, comenzaron con un rebuzno. Que es la consigna obligada tratándose de cierta clase de gentes.

El Gobierno se decide á ampliar en 150 millones de pesetas el último empréstito.

Y eso sólo para empezar.

De modo, que hay que prepararse, patriotas al 6112. Las Aduanas no van á dar ya para pagar el cupón.

El subsecretario de Gobernación trata, por todos los medios que están á su alcance, de hacer entender al respetable público que el movimiento carlista no tiene importancia.

Digamos con el poeta:

—¡Vadillo, pérfido como la onda!

El ministro de Ultramar ha vendido al Banco Hipotecario 20.000 Cubas.

¿Cuánto apuestan ustedes á que, á pesar de esa venta, no cobran los maestros de la isla, á quienes se debe el sueldo de más de un año?

Entre las fuerzas con que cuentan los *carcas* en Valencia, hay una compañía llamada *compañía sagrada*.

Según noticias de buen origen, la forman la *nata* y *flor* de los partidarios de D. Carlos en el Maestrazgo.

Es decir, dos sufragáneos, tres beatas, cinco acólitos y cuatro vates húmedos y discípulos de Polo Peyrolón.

Jhon Hart, filibustero y dueño del vapor *Laurada*, ha sido condenado á dos años de trabajos forzados por violar las leyes de neutralidad.

Menos mal.

Nuestros *leales amigos* nos regalan esa piltrafa á cambio del indulto de Sanguily.

De un periódico:

«Se habla de disidencias entre los Sres. Cánovas y Romero por la cuestión de Cuba.»

Está usted en un error, querido colega.

La causa de la disidencia no es esa.

Y si no, que le den una cartera al Sr. Puga y otra al Sr. Bergamín, y ya verá usted como los Sres. Cánovas y Romero siguen tan amigos como antes.

Del Sr. Mella, en *El Correo Español*:

«Los carlistas deben aguardar los acontecimientos con el fusil al hombro.»

¿Se enterá el marqués de Vadillo?

Según el Sr. Moret, el nuevo Gobierno norteamericano es una garantía de amistad para España.

¡Temblemos!

Porque los buenos augurios de D. Segis suelen costarnos unas cuantas indemnizaciones como la de Mora.

## SECRETARÍA PARTICULAR

—¿Se puede ver al señor ministro?

—No, señor.

—¿Y á su secretario particular?

—Tampoco.

—¡Hombre! Hágame usted el favor de pasarle recado... Dígame usted que soy Risueño.

—A él lo mismo le da que sea usted risueño ó afligido. Le he dicho á usted que no recibe.

El pretendiente se retira cabizbajo y al otro día vuelve al ministerio, donde le cierra el paso el portero para preguntarle:

—¿Qué desea usted?

—Ver al ministro.

—No recibe.

—¿Y el secretario?

—No sabemos... ¿Cómo se llama usted?

—Risueño: ya se lo dije á usted ayer tarde.

—¿Cree usted que voy á tener en la memoria todos los nombres de los que vienen aquí con *esigencias*?

—No se incomode usted.

—En fin, pasaré recado al señor secretario particular.

—Tantas gracias.

El pretendiente consigue al fin penetrar en el despacho del burócrata, y éste dirige á Risueño una mirada de profundo desdén, acompañada de esta pregunta:

—Usted me dirá qué es lo que desea.

—Pues vengo á molestar al señor ministro sobre un asunto importante. Yo soy Risueño, Estirado, Rubio y Compañía, de San Feliú de Guixols, sucesores de Ripoll, Moll, Fenoll hermanos.

—Sea usted breve.

—Nosotros tenemos depósito de harina de linaza, químicamente pura, y surtimos á todos los hospitales así civiles, como militares y eclesiásticos...

—Al grano, al grano.

—¿A qué grano?

—Al asunto.

—¡Ah!... El Gobierno nos adeuda seis mil quinientos duros de cataplasmas hechas, y otros dos mil y pico de linaza en polvo. Hemos presentado doce solicitudes desde Marzo acá, y...

—¿Y qué?

—Nada; que vengo á quejarme al ministro.

—¿Y cree usted que el ministro no tiene otras cosas de más importancia en qué pensar? ¿Supone usted, acaso, que en estos altos puestos de la Administración pública, puede uno tener presente la conveniencia individual de éste ó el otro caballero? No he visto gente más desconsiderada que ustedes los industriales.

—¿Cómo?

—No puedo perder el tiempo. Ponga usted una nota de sus aspiraciones.

—La traigo redactada.

—Corriente; déjela usted ahí y el señor ministro resolverá.

Risueño, Estirado Rubio y Compañía deja la nota sobre la mesa y sale del despacho con las orejas como dos sobreasadas, mientras el secretario se deja caer en un sofá, diciendo solemnemente:

—Que pase otro.

Cinco minutos después entra una señora que va á saber si se ha resuelto el expediente de su viudedad, cursado hace cuarenta y nueve meses.

—El ministro no se ocupa ahora en esos asuntos—dice el secretario.

—Pues á mí me urge muchísimo la cosa, porque me he quedado sin nada, y menos mal ahora que aún vive un cuñado mío y puede ayudarme, pero el día menos pensado se me muere. Estaba muy gordo y muy sano y cogió una humedad horrible, porque tiene la costumbre de ponerse á leer *La Correspondencia* en la cocina, al lado de la tinaja. Dice que allí siente mucha frescura, y se conoce que se le metió dentro la humedad.

—Señora, todo eso será muy interesante, pero mis ocupaciones...

El secretario despide á la señora de mala manera para recibir á otro pretendiente, que entra con gran timidez, y no sabe dónde colocar las manos, ni el sombrero, ni las piernas.

—Yo venía á ver al señor ministro... ministro... porque yo soy de la provincia... provincia de Burgos y él también... también es de la provincia... de Burgos...

Es tal el aturdimiento del pretendiente, que deja caer el brazo sobre un velador y lo derriba; quiere levantarlo y tropieza con una butaca; pierde el equilibrio y se desploma sobre el secretario. Este, lleno de indignación exclama:

—Lo primero que se necesita para venir á estos altos centros es tener buenas formas. ¿Quién le ha mandado á usted apoyarse en el velador?

—Yo creí...

—Se conoce que no tiene usted costumbre de ver muebles finos.

—Usted dispense.

—Lo único que saben ustedes hacer es importunar con peticiones ridículas. ¿Qué desea usted del señor ministro? ¿Que le coloque? Pues no es posible. ¿Cree usted que por haber nacido en la provincia de Burgos ya tiene usted derecho á su benevolencia?...

En aquel momento suena el timbre del ministro, y el secretario suspende su filípica para dirigirse, ligero como una flecha, al despacho del jefe superior.

Allí, la mirada del feroz secretario, adquiere un tinte de humildad verdaderamente seráfica; una sonrisa de sirviente agradecido dibújase en su boca.

—¿Llamaba usted?—pregunta con acento dulcísimo.

—Sí; ponga usted en limpio esa carta, y mucho cuidado con la ortografía. Si falta alguna *hache* mézase la usted, que yo no estoy para pararme en esas pequeñeces.

...¡Ah! Cuando salga usted de aquí, vaya á ver si me han planchado el sombrero apuntado, por si tengo que ponerme el uniforme.

El secretario se inclina y desaparece por el foro, pero antes de penetrar de nuevo en su despacho vuelve á adquirir el gesto de altivez que tanto asusta á los pretendientes...

«No hay nadie más altivo que el humilde cuando le ponen delante una mesa de despacho.»

LUIS TABOADA.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.